

COMITÉ HISPANO - INGLÉS

# POSIBLE SITUACIÓN ECONÓMICA DE NUESTROS NIETOS

CONFERENCIA, EN INGLÉS,

DE

J. M. KEYNES

*J*OHN Maynard Keynes, M. A. C. B. 1917; Fellow y Bursar de King's College, Cambridge. Publica el "Economic Journal" desde 1912. Secretario de la Royal Economic Society; Presidente de la National Mutual Life Assurance Society y de The Nation, Limited; Officier de l'Ordre de Léopold.

Nació en Cambridge el 5 de Junio de 1883. Hijo mayor de John Neville Keynes (Registrar Emeritus de la Universidad de Cambridge, Hon. Fellow de Pembroke College, autor de varias obras de Lógica y de Economía Política) y de Florence Ada, hija del Rev. John Brown.

Se casó en 1925 con Lydia Lopokova. Se educó en el Colegio de Eton y en King's College, Cambridge. Presidente de la Cambridge Union Society, 1905; Member of Royal Commission on Indian Finance and Currency, 1913-14; principal Asesor del Ministerio de Hacienda en la Conferencia de París y Delegado del Ministro de Hacienda en el Supremo Consejo Económico (enero a junio de 1919).

Publicaciones: "Indian Currency and Finance", 1913; "The Economic Consequences of the Peace", 1919; "A Treatise on Probability", 1921; "A Revision of the Treaty", 1922; "A Tract on Monetary Reform", 1923; "A Short View of Russia", 1925; "The End of Laissez-Faire", 1926.

EL MARTES 10 DE JUNIO DE 1930

A LAS SIETE DE LA TARDE

EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, PINAR. 21

# POSIBLE SITUACIÓN ECONÓMICA DE NUESTROS NIETOS

RESUMEN DE LA CONFERENCIA

00

J. M. KEYNES

## I

Nosotros, en Inglaterra, estamos pasando por una época de fuerte pesimismo en materia económica. No sé si ustedes, los españoles, tienen la misma preocupación. Es posible que sí.

En Inglaterra se dice corrientemente que la época del gran progreso económico, característico del siglo XIX, ha pasado ya; que el aumento rápido del tipo (standard) de vida llevará desde ahora un ritmo más lento; que es más probable decrezca la prosperidad, en lugar de aumentar, durante el decenio en que entramos.

A mi juicio, los que así opinan dan una interpretación completamente equivocada a lo que nos sucede a nosotros, y al resto del mundo. Estamos sufriendo, no de los achaques de la vejez, sino de las molestias naturales originadas por cambios demasiado bruscos y lo doloroso que es el reajuste entre uno y otro período económico. El rendimiento técnico ha ido aumentando más rápidamente que nuestra capacidad para absorber el sobrante de la mano de obra; el bienestar general ha crecido con prisa algo excesiva.

Todos sufrimos—España, creo, tanto como los demás países—de la depresión cíclica actual. Esto nos impide ver lo que está sucediendo en el fondo, y dar con la verdadera interpretación del mundo en que vivimos.

Porque yo creo que nadie ha de quedar tan en ridículo, dentro de unos años, como esos agoreros pesimistas. Ambos opuestos pesimismos, que hoy día arman tanto ruido en el mundo, resultarán equivocados; el pesimismo de los revolucionarios, viéndolo todo tan mal que no hay otro remedio que un cambio violento, y el de los reaccionarios al estimar tan precario el equilibrio de nuestra actual vida económica y social, que todo nuevo experimento sería arriesgado.

Sin embargo, mi objeto en esta conferencia no es tanto examinar el momento presente como, prescindiendo de perspectivas limitadas, dejar a la imaginación tomar vuelo hacia el futuro. ¿Cuál ha de ser, lógicamente pensando, el nivel de nuestra vida económica dentro de cien años? ¿Cuáles han de ser las posibilidades económicas que aguardan a nuestros nietos?

Desde los tiempos más remotos de que poseemos datos—aproximadamente desde 2.000 años antes de J. C. hasta principios del siglo XVIII.—, no hubo gran cambio en las condiciones materiales de la vida del hombre normal en los centros civilizados de la tierra. Vicisitudes las hubo. Catástrofes de pestes, hambres, guerras, con breves intervalos. Pero sin cambios progresivos ni violentos. Algunas épocas, quizás un cincuenta por ciento, a lo sumo

un cien por ciento, mejores que otras, durante los cuatro mil años que terminaron alrededor de 1700 de nuestra era.

Esta lentitud o ausencia de progreso obedecía a dos causas: a la falta notable de importantes perfeccionamientos técnicos y a la ausencia del capital acumulado.

La carencia de inventos técnicos de importancia entre la edad prehistórica y los tiempos relativamente modernos, es muy notable. Casi todo lo que importa y que poseía el mundo al empezar la moderna era, ya lo conocía el hombre en la aurora de la historia. El lenguaje, el fuego, los animales domésticos de hoy, el trigo, la cebada, la vid y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, el cuero, los tejidos de lino y lana, los ladrillos y la cerámica, el oro y la plata, el cobre, el estaño y el plomo—a los que se sumó el hierro más de mil años antes de Jesucristo—, las instituciones bancarias, la religión, el arte político, la matemática, la astronomía, no hay noticia concreta que indique cuándo el hombre entró en posesión de todo ello.

En alguna época, antes de amanecer la historia—acaso en uno de esos brillantes intervalos que precedieron a la última época glacial—, debió existir un cierto período de progreso inventivo, comparable con la edad en que vivimos. Pero durante la mayor parte de la historia conocida no hubo nada de esto.

La edad moderna se inaugura, a mi juicio, con la acumulación del capital, que empezó en el siglo XVI. Yo creo—por razones demasiado extensas para ser explicadas en esta ocasión—que ésta fué debida, en primer lugar, al aumento de los precios, y por consiguiente de los beneficios, como resultado del aflujo de los tesoros de oro y plata que los españoles trajeron del Nuevo al Antiguo Mundo. Los decenios más gloriosos que tuvo España en la política, la economía y las artes—las tres suelen ir hermanadas—dieron el primer impulso a la formación del mundo moderno. En aquel tiempo el poder acumulativo del capital, mediante el interés compuesto, renació y fué cobrando nuevos bríos. Ahora bien; es tal la fuerza del interés compuesto durante doscientos años que deja la imaginación suspensa.

A partir del siglo XVI, y en aumento creciente después del XVIII, empezó la gran era de la ciencia y los inventos técnicos, que desde principios del siglo XIX alcanza plena y arrolladora fuerza; el carbón, el vapor, la electricidad, el petróleo, el acero, el caucho, el algodón, las industrias químicas, la maquinaria automática y la producción en serie, la radio, la imprenta, Newton, Darwin y Einstein y miles de otras cosas y hombres cuya fama haría conocida nos releva de catalogar.

¿Cuál es el resultado? A pesar del crecimiento

enorme de la población mundial, a la que ha sido preciso dotar de viviendas y adecuada maquinaria, el tipo de vida en Europa y los Estados Unidos de América ha aumentado, por término medio, unas cuatro veces. El aumento del capital ha superado en mucho más de cien veces a todo lo conocido en épocas anteriores. Y desde ahora en adelante no hay que contar con un aumento tan grande de la población.

Si el capital crece en un dos por ciento anual, la dotación capitalista del mundo habrá aumentado en la mitad al cabo de veinte años, y siete veces y media a los cien años. Figurémonos esto en términos de cosas materiales, por ejemplo, casas, transportes y demás.

Al mismo tiempo, los perfeccionamientos técnicos en la fabricación y los transportes se han sucedido con mayor rapidez en los últimos diez años que en ninguna época anterior. En los Estados Unidos la producción fabril por operario fué un 40 por ciento mayor en 1925 que en 1919. En Europa nos detienen en este sentido obstáculos temporales, pero no es aventurado asegurar que el rendimiento técnico aumenta anualmente en un dos por ciento al tipo compuesto. Hay indicios evidentes de que los cambios técnicos tan revolucionarios que hasta ahora han afectado principalmente a la industria, no tardarán en influir poderosamente en la agricultura. Acaso estemos en vísperas de adelantos tan notables en la producción de substancias alimenticias como los habidos en las manufacturas y transportes. Dentro de muy pocos años—quizás durante nuestra vida—es posible que podamos realizar todas las operaciones agrícolas, mineras y fabriles con una cuarta parte del esfuerzo humano a que estamos acostumbrados.

Todo ello quiere decir que al cabo la *humanidad está resolviendo su problema económico*. Me atrevo a predecir que en los países progresivos la norma material de vida, dentro de cien años, estará entre cuatro y ocho veces tan elevada como actualmente. No habría nada sorprendente en ello, aun a la luz de nuestros conocimientos actuales. Y no sería desatinado vislumbrar la posibilidad de un progreso aun mucho mayor.

## II

Tomemos para nuestro argumento la más optimista de dichas cifras y supongamos que dentro de cien años todos disfrutemos de una situación económica ocho veces más desahogada que la actual. Y en ello no habría nada de extraño.

Y ahora vengo a mi conclusión, que seguramente han de encontrar ustedes tanto más asombrosa cuanto más se ocupe la imaginación de ella.

MI conclusión es que, suponiendo no haya grandes guerras ni aumento considerable de población, es posible que dentro de cien años *el problema económico esté resuelto*, o en vías de solucionarse; lo que quiere decir que la cuestión económica, mirando hacia el futuro, *no es el problema permanente de la raza humana*.

Me dirán ustedes, ¿qué hay de asombroso en ello? Pues es asombroso, porque si, en lugar de mirar hacia el futuro, consideramos el pasado, veremos que la cuestión económica, la lucha por la existencia, hasta ahora siempre ha sido el problema pri-

mordial y el más apremiante de la raza humana, y no sólo de esta raza, sino de todo el reino biológico, desde que empezó la vida en sus formas más primitivas.

La naturaleza nos ha hecho evolucionar—con todos nuestros impulsos e instintos más profundos—expresamente para el fin de resolver el problema económico. Y una vez resuelto este problema, la humanidad se verá privada de su objetivo tradicional.

¿Será en su beneficio? Por poco que se estimen los verdaderos valores de la vida, hay que reconocer que la perspectiva presenta por lo menos una posibilidad beneficiosa. Sin embargo, asusta pensar en el trastorno que originará al hombre normal el tener que desochar en el curso de unos cuantos decenios los hábitos e instintos con los que se ha venido formando su carácter desde un sinnúmero de generaciones.

Para expresarnos en el lenguaje de hoy día, ¿no es de esperar que se presente una depresión nerviosa general? Ya tenemos alguna experiencia de este estado neurasténico, bastante frecuente en Inglaterra y los Estados Unidos—no puedo hablar de España—entre las mujeres de las clases acomodadas, a quienes, para su desgracia, la riqueza ha privado de sus tareas y ocupaciones tradicionales y que, libres de la apremiante necesidad económica, ya no encuentran distracción en sus labores domésticas y; sin embargo, son incapaces de hallar ningún otro entretenimiento.

Así es que por primera vez desde su creación el hombre se encontrará cara a cara con su verdadero y constante problema: el de saber cómo ha de emplear el tiempo libre que le habrán proporcionado la ciencia y el interés compuesto, para vivir con agrado y prudencia, gozando de su libertad al no verse apremiado por perentorias preocupaciones.

Me figuro que en ese siglo de oro—si a tal llega—es muy posible que España vuelva a ocupar el rango que le corresponde como príncipe de las artes de la civilización y de la vida. Me parece que vuestra civilización y vuestras tradiciones resistirán al trastorno, originado por ese nuevo estado de cosas, mejor que las del Norte de Europa y Estados Unidos de América. Porque España—dicho sea en alabanza suya—se ha negado a dedicar todo su esfuerzo a la lucha para lograr en carrera acelerada la plétora económica. Los que con todo aún persiguen el dinero, es posible que nos traigan a todos la abundancia económica; pero serán las naciones que hayan sabido conservar su vida, cultivando con perfección cada vez mayor el arte de vivir, sin venderse por lo que constituye los medios de la vida solamente, las que podrán disfrutar de la abundancia económica cuanto ésta llegue.

Sin embargo, a mi entender, no hay nación alguna que pueda vislumbrar sin temor esa edad de ocio y de riqueza. Porque son muchos los siglos que nos vienen enseñando a luchar, y no a disfrutar. Para el hombre normal y desprovisto de talentos especiales, es un conflicto angustioso el de encontrar una ocupación que le distraiga, sobre todo si ya carece de arraigo en la tierra o en las costumbres castizas de una sociedad tradicional. A juzgar por la conducta y los hechos de las clases acaudaladas de hoy día en cualquier parte del mundo la perspectiva no es nada halagüeña. Porque estas clases representan nuestra vanguardia, que explora para los demás la tierra prometida, donde establece sus tiendas. A mi

juicio, estas personas que, disponiendo de un millón de libras esterlinas carecen de comunidad, de lazos y deberes, han fracasado por completo en la resolución del problema que tenían planteado.

Estoy seguro de que, una vez tengamos mayor experiencia, utilizaremos el nuevo don de la naturaleza de modo muy distinto del empleado por los ricos actuales, trazándonos un plan de vida muy opuesto al de ellos.

Durante muchos siglos todavía imperará el viejo Adán con tal fuerza en nosotros que cada uno sentirá la necesidad de *algún* trabajo, para su satisfacción. Nos dedicaremos a los detalles de la vida diaria con más afán que el rico de hoy día, dichosos de tener pequeños quehaceres y obligaciones. Pero, además de ello, procuraremos repartir las pocas tareas que queden, lo más equitativamente posible, para que a ninguno llegue a faltarle el «pan nuestro» del trabajo diario. Durante mucho tiempo podrá aplazarse el conflicto mediante jornadas de tres horas, o semanas de quince horas de trabajo. Y tres horas diarias bastarán para aplacar el instinto trabajador de la mayoría de los hombres.

También en otros sentidos nos aguardan cambios muy profundos. Cuando la acumulación de la riqueza ya no tenga gran importancia social, surgirán ineludibles modificaciones en el código moral. Podremos librarnos de principios pseudo-moralistas que desde doscientos años han constituido nuestra pesadilla—tal vez menos en España que en Francia o Inglaterra o los Estados Unidos—y que nos han llevado a exaltar al rango de virtudes algunas de las menos apetecibles cualidades humanas. Podremos permitirnos el lujo de dar al móvil pecuniario su intrínseco valor. El afán del dinero, sólo por tenerlo y no como medio para lograr los goces y realidades de la vida, será reconocido por lo que es: una morbilidad algo asquerosa, una de esas propensiones entre criminales y patológicas que se relegan con repugnancia a los especialistas en aberraciones. Toda clase de costumbres sociales referentes a la distribución de la riqueza y de los premios y castigos económicos que, por desagradables e injustas que en sí sean, mantengamos a toda costa por lo útiles que son para fomentar la acumulación de la riqueza; todas esas prácticas, al fin, podremos desocharlas.

Claro es que aun habrá mucha gente dominada por ese afán intenso e insaciable de la actividad y que seguirá en pos del dinero, a no ser que encuentre otra cosa que lo sustituya. Pero los demás no tendremos ninguna obligación de aplaudirles ni alentarlos. Porque investigaremos, con mayor curiosidad que hoy es admisible, el verdadero carácter de esa ansia de actuar, con que la naturaleza nos ha dotado a casi todos en grado variable. Ese deseo immoderado de acción hace que estemos más interesados en los remotos resultados de nuestros hechos que en la calidad de los mismos o sus efectos inmediatos en nuestro ambiente. El hombre, dominado por su propósito, siempre procura conseguir para sus hechos una falsa inmortalidad, proyectando en el tiempo el

interés que siente por ellos. No quiere a su gato, sino a los hijos de éste, y ni siquiera a éstos, sino a los hijitos de los hijos, y así sucesivamente hasta el fin del mundo felino. El disfruta en aplazar el disfrute hasta el día de mañana, que como tal nunca llega; y con este engaño del continuo aplazamiento quiere ganar la inmortalidad de su obra.

Acaso no sea por accidente fortuito que la raza que más ha hecho para inculcarnos la promesa de la inmortalidad, incorporándola a la esencia de nuestras religiones, también sea la que más ha trabajado en pro del interés compuesto, por su predilección para el culto del dios Mercurio.

Preveo, pues, una humanidad en libertad de volver a ciertos principios básicos de la religión y la virtud tradicional, para quien la avaricia sea un vicio; la práctica de la usura, un delito; el afán del dinero, detestable, y que oprimará que los que menos piensen en el día de mañana son los que caminan por la senda verdadera de la virtud y la sabiduría. Nuevamente estimaremos el fin como superior a los medios, prefiriendo el bien a lo útil. Honraremos a los que nos enseñen a disfrutar de la hora y del día virtuosamente y bien, a esos seres de sensibilidad exquisita que les permite el goce directo de las cosas, a los lirios del valle que ni se afanan ni se empuerzan.

Pero, ¡cuando! Ese momento no ha llegado todavía. Durante otros cien años, por lo menos, tendremos que engañarnos, fingiendo a los demás que lo bonito es feo y lo feo es bonito; porque lo feo es útil, y lo bonito no lo es. La avaricia, la usura y la previsión tienen que ser nuestros dioses durante algún tiempo todavía. Porque sólo ellos pueden sacarnos del túnel de la necesidad económica a la luz del día.

Vislumbro, pues, en tiempo no muy lejano, el cambio mayor que jamás haya ocurrido en el ambiente material de la humanidad. Claro es que todo ello sucederá gradualmente y no en forma de catástrofe. La verdad es que la evolución ya ha empezado. Y lo que ha de suceder será sencillamente que habrá cada vez mayores clases y grupos de gente para quienes no existan problemas económicos. La diferencia crítica llegará cuando esta condición se haya generalizado tanto que cambien nuestros deberes para con nuestros convecinos. Porque, aun estará justificado el afán de trabajar por los demás, cuando deje de estarlo en el interés propio.

El paso a que lleguemos a nuestro destino de felicidad económica, dependerá de cuatro factores: nuestra facultad para limitar la población, nuestra decisión de evitar las guerras, nuestra disposición para encomendar a la ciencia la dirección de los asuntos que a ella corresponden, y la rapidez de acumulación resultante del margen entre la producción y el consumo: este último factor ya se resolverá por sí mismo, dada la solución de los tres primeros.

Entretanto no será de más hacer unos cuantos preparativos para nuestro destino, experimentando y fomentando las artes de la vida además de las actividades de la voluntad.